

—Un ciego, —respondió éste en excelente alemán.
 —¿Qué vienes á buscar aquí?—preguntó el vigilante.
 —La luz.
 —¿Tienes padrino?
 —Tengo por padrino al que me precede.
 —¿Responde de ti?
 —Pregúntaselo á él mismo.
 —¿Respondes, hermano, de quien nos presentas?
 —Respondo de él.
 —Está bien, —dijo el vigilante.—Que entre en el cuarto de las meditaciones. Cuando llegue la hora de recibirle, se le llamará.

Y, abriendo una puerta excavada en el muro, introdujo al compañero del tío Schlick en una especie de calabozo, alumbrado por una lámpara, sin más muebles que un asiento y una mesa de piedra, semejante á la en que, según la leyenda del Rhin, está sentado y duerme, con sueño encantado, hasta que Alemania despierte para proclamar su unidad, el emperador Federico Barbarroja.

En cuanto á Schlick, dejando á su joven camarada entregado á sus meditaciones, se adelantó hacia una verja que daba paso á la sala principal. La verja, empujada por el vigilante, se abrió delante de él.

V

La Unión de Virtud

Aquella verja daba, según hemos dicho, á una sala subterránea, llamada sala del Consejo; estaba completamente tapizada de negro, y alumbrada por una lámpara que colgaba del techo, sostenida por una cadena de hierro.

Debajo de la lámpara había un grupo de armas compuesto de fusiles, espadas y pistolas, amontonados sin orden, pero dispuestos, sin embargo, de modo que, en caso de peligro, pudiese cada cual, en un instante y de un salto, escoger el arma que le conviniese. La luz de la lámpara caía sobre los cañones de los fusiles y las pistolas, y sobre las hojas de los sables y las espadas, reflejándose en amenazadores relámpagos.

Más allá del montón de armas, junto á la verja de entrada, levantábase una mesa de mármol negro destinada al presidente del sombrío conciliábulo, encima de un estrado de tres peldaños.

Detrás de la mesa elevábase el respaldo del sillón presidencial, coronado por un águila de bronce, que no era ni el águila de dos cabezas de la antigua casa de Hapsburgo, ni el águila de una sola cabeza de la novel casa de Prusia, ni el águila bizantina de Carlomagno; aquel escaño parecía, á la vez, sillón y trono.

Diez y seis barriles llenos de pólvora, colocados circularmente á ambos lados de la pirámide de armas, servían de asiento á los afiliados. Aquellos barriles indicaban que, en caso de sorpresa, el deber de los miembros de la asociación era hacerse saltar y hacer saltar con ellos á sus compañeros, antes que rendirse.

Una sola puerta daba ingreso á la sala.

Es posible que, debajo de las colgaduras negras de que hemos hecho mención, hubiera otras puertas; pero, si existían, estaban ocultas á las miradas, y eran conocidas sólo de los *videntes*.

Cuando la reja se cerró detrás de Schlick, daban las doce y media en un reloj invisible.

Un hombre enmascarado se destacó de uno de los grupos que formaban los afiliados, y, subiendo al estrado:

—Hermanos, —dijo, —escuchadme.

Hízose silencio, y todos se volvieron hacia el que pedía la palabra. —Hermanos, repitió; —la noche avanza, el tiempo pasa.

Luego, dirigiéndose al vigilante:

—Vigilante, —preguntó; —¿cuántos *videntes* hay?

—Diez y seis, contándome á mí, —respondió el vigilante.

—Entonces el décimoséptimo es traidor, prisionero ó ha muerto, —dijo el personaje que había hecho la pregunta; —porque ¿quién se atrevería á faltar á la cita, cuando ésta tiene por objeto la liberación de Alemania?

—Hermano, —replicó el vigilante, —el décimoséptimo no es traidor, ni prisionero, ni ha muerto: está de centinela en la puerta, bajo el uniforme de soldado austriaco.

—En este caso ¿puede abrirse la sesión?

Las cabezas se inclinaron en señal de asentimiento.

—Hermanos, —prosiguió el mismo orador; —no olvidemos que, lo mismo que en el Congreso cada ministro representa á un rey, aquí también cada uno de nosotros representa á un pueblo. Vigilante: llamad por nombres.

El vigilante pronunció, unos tras de otros, los nombres siguientes: —Baden, Nassau, Hesse, Wurtemberg, West-

falia, Austria, Italia, Hungría, Bohemia, España, Tirol, Sajonia, Luxemburgo, Hannóver, Holstein, Mecklemburgo, Baviera.

A la llamada de cada nombre, excepto el de Hannóver, se respondió: «Presente.» El representante de Hannóver era el que estaba de centinela fuera.

—Sacad uno de esos nombres de la urna,—prosiguió el hombre que había hablado ya,—y el hermano cuyo nombre designe será nuestro presidente.

El vigilante hundió la mano en la urna y sacó una tablita de madera. —Hesse,—dijo.

—Soy yo,—respondió uno de los afiliados.

Y mientras el hermano que había tenido la palabra hasta entonces bajaba los tres peldaños del estrado, el presidente que acababa de designar la suerte subía á él, sentándose ante la mesa de mármol.

—Hermanos,—dijo,—sentaos.

Los afiliados se sentaron; uno de los asientos permaneció vacío: era el del representante de Hannóver.

—Hermanos,—dijo el presidente,—se trata de recibir á un nuevo afiliado, y de echar suertes para designar quién de nosotros será el vengador. Procedamos desde luego á la recepción, y en seguida echaremos suertes. ¿Quién es el padrino del nuevo afiliado?

—Yo,—dijo Schlick, levantándose.

—¿Quién eres tú?

—Baden.

—Está bien; levántense los dos hermanos más jóvenes y vayan á buscar al recipiendario.

Cada afiliado dijo en alta voz su edad; luego los más jóvenes, que eran los representantes de Baviera y del Tirol, el uno de los cuales tenía veinte años y el otro veintinueve, se levantaron y fueron á buscar al neófito, que apareció un instante después en la reja, donde le esperaba su padrino.

Tenía los ojos vendados.

Los que le guiaban le hicieron dar cuatro ó cinco pasos por la sala, separándose en seguida para ir á ocupar sus sitios. Sólo quedó á su lado el padrino del recipiendario.

Hízose profundo silencio; todos los ojos estaban vueltos hacia el neófito; luego, en medio del silencio, se oyó la voz del presidente, que preguntaba en tono imperioso:

—Hermano, ¿qué hora es?

—La hora en que el amo vela y el esclavo duerme,—respondió el recipiendario.

—Contadla.

—No la oigo desde que suena para el amo.

—¿Cuándo la oiréis?

—Cuando haya despertado al esclavo.

—¿Dónde está el amo?

—A la mesa.

—¿Dónde el esclavo?

—En tierra.

—¿Qué bebe el maestro?

—Sangre.

—¿Qué bebe el esclavo?

—Sus lágrimas.

—¿Qué queréis hacer de los dos?

—Quiero sentar al esclavo á la mesa, y derribar el amo á tierra.

—¿Sois amo, ó sois esclavo?

—Ni uno, ni otro.

—¿Qué sois, pues?

—No soy nada todavía; pero aspiro á ser algo.

—¿Qué?

—Vidente.

—¿Sabéis sus funciones?

—Las estoy aprendiendo.

—¿Quién os las enseña?

—Dios.

—¿Tenéis armas?

—Tengo esta cuerda y este puñal.

—¿Qué significa esta cuerda?

—El símbolo de nuestra fuerza y de nuestra unión.

—¿Qué sois vos, según el símbolo?

—Soy uno de los hilos de este cáñamo, que ha aproximado la unión, y que la fuerza ha retorcido.

—¿Por qué habéis tomado esta cuerda?

—Para atar y para estrechar.

—¿Y el puñal?

—Para cortar y para desunir.

—¿Estáis dispuesto á jurar que haréis uso de esta cuerda y de este puñal contra todo condenado cuyo nombre esté inscrito en el libro de sangre?

—Sí.

—Juradlo.

—¡Lo juro!

—¿Queréis que la cuerda y el puñal se revuelvan contra vos, si llegareis á hacer traición al juramento que acabáis de hacer sobre la espada y sobre la cruz?

—¡Sí, lo quiero! (1)

—Está bien: sois recibido en nombre de los amigos de la Unión de Virtud. Y, ahora, sois libre, según vuestra confianza ó desconfianza, de permanecer con antifaz.

El joven, sin vacilar, se quitó de una sola vez la venda y la máscara; y al mismo tiempo dejó caer su capa.

—Quien nada teme, puede mirar y ser visto á cara descubierta.

Entonces vieron á un apuesto joven de veinticinco á veintiséis años, de aspecto militar, de ojos azules, pelo y bigote castaño obscuro, vestido con un traje completo de estudiante, aun cuando, según todas las apariencias, hacía muchos años había abandonado los bancos de la universidad.

Pero, en el momento en que todas las miradas se concentraban en él, la puerta de bronce, que cerraba la entrada abierta en el pilar central, se abrió bruscamente, y el décimoséptimo afiliado, que representaba el Hannover, y que montaba la guardia fuera, entró desalado.

—¡Hermanos,—dijo,—estamos perdidos!

—¿Que ocurre? —preguntó el presidente.

—Ocurre que más de cien personas han entrado en las ruinas, dándome el santo y seña, tomándolos, de consiguiente, por hermanos, y que son, probablemente, enemigos dispuestos á envolvernos.

—¿Qué es lo que os lo hace temer?

—En primer lugar, que aquí sólo sois diez y seis.

—¿Después...?

—Después, relevado de mi facción, he entrado, á mi vez, en las ruinas; pero en lugar de bajar, sospechando alguna traición, me he ocultado detrás de un lienzo de muralla, espionando al que me sucedía, que no es uno de los nuestros. Al cabo de pocos instantes, una compañía de unos cincuenta hombres, perfectamente armados, se acercó á él: el jefe de la fuerza ha avanzado para dar el santo y seña, y el centinela ha dejado pasar la compañía y su jefe, que se han dispersado por entre las ruinas. Entonces me he lanzado para preveniros, y espero llegar á tiempo, si no para

(1) Reproducimos la fórmula exacta de la filiación.

salvarnos, para morir con vosotros... ¡A las armas, hermanos! ¡A las armas!

Hubo un momento de terrible confusión, durante el que todos corrieron al arsenal á proveerse de armas. En medio del desorden, Schlick, acercándose al recipiendario, le dijo rápidamente: —Poneos la máscara y procuremos escapar; la sala tiene varias comunicaciones.

—Me pondré la máscara, pero no huiré,—respondió el joven.

—Entonces, armaos y combatid.

El joven se lanzó hacia el montón de armas; pero durante su conversación con Schlick, aun cuando fué breve, sus compañeros se habían apoderado de los fusiles y las pistolas; de manera que sólo le quedaba una espada.

Además, durante aquel tiempo, se había oído, del lado del pilar, como ruido de armas, y de pronto, por la puerta de bronce, que en su precipitación dejó mal cerrada el representante de Hannover, se vió aparecer la amenazadora punta de las bayonetas. —¡Fuego!—gritó el presidente.

Diez afiliados obedecieron; pero sólo se oyó el golpe seco del pedernal, y no se vió más que las chispas que se desprendieron del choque. —¡Traición!—gritaron los estudiantes.—Estos fusiles han sido descargados. ¡A las puertas secretas, hermanos! ¡A las puertas secretas!

Y los afiliados, como gente que ha previsto el peligro, se lanzaron hacia diversos puntos de la tapicería. Pero ésta se desgarró por cinco ó seis partes, y por cada desgarrón se vieron brillar armas.

Los estudiantes se detuvieron, mirando á su alrededor: estaban encerrados en un círculo de bayonetas; ciento cincuenta soldados, vestidos con el uniforme bávaro, les rodeaban. —Hermanos,—dijo el presidente:—¡no nos queda más que morir!

Luego, en voz baja:

—¡Fuego á los barriles de pólvora!—mandó.

La orden circuló por las filas, y, como si hubiesen cedido ante las bayonetas, los conspiradores, con una maniobra tan hábilmente combinada como las demás, retrocedieron de la circunferencia al centro, seguidos y acosados por los soldados bávaros, que les oprimían más y más.

Al llegar al centro, los estudiantes se armaron de mechas de artillería, preparadas de antemano para aquel caso extremo; cada cual encendió la suya y se lanzó hacia el tonel que le servía de asiento.

Dejóse oír un grito de rabia: la mecha, azufrada y cubierta de pólvora, había sido substituída por una cuerda ordinaria que no ardía. —¡Traición! ¡Nos han vendido!— gritaron los estudiantes, tirando las armas.

—¡Diablo!—murmuró Schlick al oírlo de su compañero. —¡Me parece que la cosa va mal!... Menos mal,—añadió, bajando aún más la voz,—que nos salvaremos siempre declarando quiénes somos, pues los bávaros son aliados de vuestro emperador.

El joven recorrió el círculo de soldados con una mirada que chispeaba á través de su máscara, y, rompiendo su espada, en lugar de entregarla: —Es igual,—dijo; —hubiera deseado batirme, aunque fuera contra aliados.

Y se confundió con el grupo de estudiantes.

En aquél momento, el círculo de soldados bávaros se había estrechado tanto, que sólo debían adelantar cinco ó seis pasos para que las bayonetas tocasen los pechos de los diez y siete conspiradores.

—Señores,—dijo el capitán que mandaba la tropa,— ¡en nombre del rey Maximiliano de Baviera, daos presos!

—Es posible,—dijo el presidente,—porque estamos bajo un régimen de fuerza; somos prisioneros, más no nos rendimos.

—Poco me importa,—respondió el oficial;—no he venido aquí para hacer juegos de palabras: he venido para cumplir mi deber, realizando las órdenes que he recibido.

—Amigos,—gritó el presidente,—prisioneros del rey de Baviera, en manos del rey de Baviera, prontos á morir á los golpes del rey de Baviera, ¿qué juicio os merece?

—¡El rey de Baviera,—dijo una voz,—es un traidor!

—¡Que quede excluído de la gran familia germánica!—dijo otro.

—¡Que deje de titularse príncipe alemán, y que firme: *Aliado de los franceses!*

—¡Que todo miembro de cualquiera de nuestras sociedades secretas tenga derecho de herirle con su puñal!

—¡Que todo miembro de la sociedad humana tenga derecho de cruzarle el rostro!

—¡Silencio!—dijo el oficial con voz terrible.

—¡Viva Alemania!—gritaron todos los estudiantes á una sola voz.

—¡Silencio,—repitió el oficial,—y pónganse en fila, sin resistencia!

—¡Sea,—dijo el presidente,—si es para fusilarnos! ¡Verdaderos soldados de Alemania, en fila!

Todos se alinearon con la cabeza erguida y la mirada amenazadora.

El capitán sacó un papel del bolsillo y leyó:

«El capitán Ernesto de Mühlendorf tomará ciento cincuenta hombres, rodeará é inspeccionará las ruinas del castillo de Abensberg, que sirve de receptáculo á una banda de conspiradores; detendrá á todos los que encuentre en la sala llamada del Consejo, que es la antigua sala del Tribunal secreto; los hará colocar en fila; si son diez, fusilará uno; si son veinte, fusilará dos, y así sucesivamente. Cumplida la ejecución, los demás serán puestos en libertad —Munich, 16 de abril de 1809.—*Maximiliano.*»

—¡Viva la Alemania!—gritaron por toda respuesta los prisioneros.

—¡Eh, cuidado!—dijo Schlick en voz baja á su compañero.—Procurad cambiar de sitio, teniente; me parece que sois precisamente el décimo.

Pero, aquel á quien se dirigía, ni respondió ni se movió.

—Señores,—prosiguió el capitán,—no sé lo que sois; pero yo soy soldado, y un soldado sólo obedece á su consigna. La justicia militar es expeditiva, y tengo el encargo de hacer justicia.

—¡Cumplid!—respondió una voz.

—¡Cumplid!—respondieron en coro las demás voces.

El capitán contó de derecha á izquierda hasta diez.

Tal como había dicho Schlick, su compañero, el nuevo vidente, era el décimo. —Salid de la fila,—dijo el capitán.

El joven obedeció. —Vos sois quien pagaréis el diezmo de sangre, caballero,—dijo el capitán.

—Está bien, capitán,—respondió el recipiendario con voz tranquila.

—¿Estáis dispueto?

—Lo estoy.

—¿Tenéis alguna disposición que hacer?

—Ninguna.

—¿No tenéis parientes... amigos... familia?

—Tengo un hermano. El hombre que me ha servido de padrino, y que, según la orden que habéis leído, debe quedar en libertad cuando yo haya pagado por todos, este hombre conoce á mi hermano y le dirá cómo he muerto.

—¿Sois católico ó protestante?

—Católico.

—¿Deseáis, acaso, un sacerdote?

—Todos los días arriesgo la vida, y Dios, que lee en mi corazón, sabe que nada tengo que reprocharme.

—¿No pedís gracia ni dilación?

—He sido preso con las armas en la mano, conspirando contra el aliado del rey de Baviera, y, por consiguiente, contra el mismo rey de Baviera: haced de mí lo que os guste.

—Entonces, preparaos á morir.

—Ya os he dicho que estoy pronto.

—Sois libre de guardar vuestro antifaz ó de quitároslo; si lo guardáis, seréis enterrado con él, y nadie sabrá quién sois.

—Pero si lo conservo, alguien podrá creer que es por cubrir mi palidez; me lo quito.

Y el joven, arrancando la máscara, mostró su cara sonriente.

Entre los afiliados hubo un murmullo de admiración.

Un soldado bávaro se adelantó llevando en la mano un pañuelo á guisa de venda. El prisionero rechazó con la mano hombre y pañuelo. —Me habéis preguntado, hace un momento, si tenía que pedir alguna gracia, —prosiguió el joven, con la misma firmeza de voz, la misma digna mirada; —he de pedir os una.

—¿Cuál? —preguntó el capitán.

—Yo soy soldado como vos, caballero, oficial como vos; pido que no se me venden los ojos y mandar el fuego.

—¡Concedido!

—Pues bien: entonces, —dijo el joven, —soy yo quien os espero.

Uno de los afiliados salió de la fila, y, tendiéndole la mano: —Hermano, —dijo, —en nombre de Baviera, te saludo, mártir!

Los otros diez y siete hicieron lo mismo, cada uno en nombre de su pueblo.

El capitán les dejó hacer, vencido, sin duda, por el dominio que el valor ejerce en el corazón del soldado.

El prisionero se dirigió por sí mismo á colocarse contra la pared. —¿Estoy bien aquí, capitán? —preguntó.

El capitán hizo un signo afirmativo.

—Ocho hombres, —dijo éste.

Adelantáronse ocho hombres. —Colocaos á ocho pasos del condenado, en dos filas, y obedeced á su mandato.

Los ocho hombres fueron á colocarse á diez pasos.

—¿Están cargadas las armas? —preguntó el condenado.

—Sí, —respondió el capitán.

—Esto abrevia mi oficio, —dijo sonriendo el joven oficial.

Luego, en voz alta: —¡Atención, camaradas! —dijo. Las miradas de los ocho hombres se fijaron en él.

—¡Firmes!... ¡ar!

Los soldados obedecieron el mandato.

—¡Preparen!... ¡ar!

El movimiento fué ejecutado con precisión militar.

—¡Apunten!... —prosiguió el condenado.

Los cañones de los ocho fusiles se bajaron en su dirección. —Padrino, —dijo interrumpiéndose, con una sonrisa, —acercad una luz á mi semblante, para que podáis asegurarnos de que vuestro ahijado os hace honor.

—Es inútil, —dijo el capitán; — todos reconocemos que sois un valiente.

—En este caso, ¡fuego!

Los ocho tiros se dispararon formando una sola detonación; pero, con gran sorpresa suya, el condenado, no sólo quedó de pie, sino que ni siquiera percibió el más mínimo dolor.

—¡Viva la Alemania! —gritaron á una voz estudiantes y soldados.

—¿Qué ocurre? —preguntó el condenado, tanteándose y dudando de que viviese aún.

—Hay, —dijo Schlick, —que esto era una prueba de la que habéis salido gloriosamente.

—¡Viva la Alemania! —repitieron las voces.

—Ahora, —dijo al ahijado de Schlick el mismo joven que había sido el primero en estrecharle la mano saludándole como á mártir; —ahora, hermano, te es lícito palidecer, te es lícito temblar.

El joven oficial se separó del muro, y, encaminándose al que le dirigía la palabra, le tomó la mano y, por toda respuesta, la aplicó contra su corazón. —Me inclino ante ti, —dijo el joven, —porque mi corazón late más rápidamente que el tuyo.

—Y ahora, hermanos, —preguntó el prisionero devuelto á la libertad, el condenado restituído á la vida, —¿no tenemos una misión que cumplir?

—Hermanos, —dijo el presidente al capitán y á sus soldados, —retiraos, dejadnos solos y velad por nosotros.

El capitán y sus soldados obedecieron.

Durante ese tiempo, Schlick se aproximó á su ahijado y, en voz baja: —¡Rayos y truenos! —le dijo. —Tenéis un

valor á toda prueba, y opino que desde hoy tenéis el derecho de llamaros Ricardo *Corazón de león*.

El presidente siguió con la mirada á los hermanos de orden inferior, que habían representado el papel de oficial y soldados bávaros, hasta que hubo desaparecido el último.

Entonces, volviéndose hacia los videntes:

—Hermanos,—dijo,—ocupemos nuestros sitios.

Y se sentó en el sillón, en tanto los demás miembros de la asociación ocupaban sus asientos, dejados para hacer frente al peligro. —¡Silencio!—dijo el presidente.

Desvaneciéndose todo rumor, y pareció que todas las vidas se extinguían, hasta los latidos de los corazones.

—Vengadores,—dijo el presidente,—¿qué hora es?

Uno de los asistentes se levantó. —¿Quién es el que se levanta?—preguntó Ricardo *Corazón de león* á su padrino.

—El acusador, respondió Schlick.

El acusador respondió á la pregunta del presidente:

—Es la hora de la resolución.

—Vengadores, ¿qué tiempo hace?

—La tempestad ruge.

—Vengadores, ¿en qué manos está el rayo?

—En las manos de Dios y las nuestras

—Vengadores, ¿en dónde está la Santa Vehme?

—Muerta en Westfalia, resucitada en Baviera.

—¿Qué prueba tenéis de ello?

—Nuestra misma reunión.

—Hermano, te concedo la palabra para acusar. Acusa: nosotros juzgaremos.

—Acuso al emperador Napoleón de intentar el crimen más grande que existe á los ojos de un alemán, esto es, de querer destruir la nacionalidad de Alemania. Para destruir la nacionalidad de Alemania ha nombrado á su cuñado Murat gran duque de Berg; para destruir la nacionalidad de Alemania ha nombrado á su hermano Jerónimo rey de Westfalia; para destruir la nacionalidad de Alemania quiere destronar al emperador Francisco II y poner en su lugar á su hermano José, que no quieren los españoles; en fin, para destruir la nacionalidad alemana hace batir la Baviera contra el Austria, la Confederación del Rhin contra el Imperio, amigos contra amigos, alemanes contra alemanes, hermanos contra hermanos.

—Hermanos,—dijo el presidente,—¿estáis con el acusador? ¿Estáis contra él?

—Estamos con él, acusamos como él. ¡Viva Alemania!

— El emperador Napoleón ¿es, pues, culpable á vuestros ojos?

— Sí,—respondieron en coro los afiliados.

—Y ¿qué castigo merece?

—¡La muerte!

—Y ¿quién se la dará?

—Nosotros.

—¿Y entre vosotros...?

—El elegido por la suerte.

—Vigilante, trae la urna.

El vigilante obedeció. —Hermanos,—dijo el presidente,—pondremos en la urna tantas bolas blancas cuantas son las provincias reunidas aquí por sus representantes, y, además, una bola negra; si la bola negra queda en el fondo de la urna, es que Dios desaprueba nuestro proyecto y se encarga de la venganza, pues la última bola será la de Dios. ¿Aceptáis lo que os propongo?

—Sí,—respondieron todas las voces.

—El que tome la bola negra ¿consagrará su vida al cumplimiento de la obra santa?

—¡Sí!—respondieron todas las voces.

—¿Jura morir sin denunciar á sus hermanos, morir como si su acto fuese aislado, morir como nuestro nuevo hermano iba á morir ha poco, sin una queja, sin un suspiro?

—¡Sí!—respondieron todas las voces.

—Entonces, vengan las bolas blancas y la bola negra.

El vigilante vertió la urna: diez y siete bolas blancas y una negra rodaron sobre la mesa. El presidente contó las diez y siete bolas blancas, y, mientras las contaba, las echaba en la urna; en seguida echó la bola negra, y, sin tocarla con la mano, mezcló todas las bolas sacudiendo la urna.

Terminada la operación: —Ahora,—dijo,—los diputados de las provincias van á sacar por orden alfabético. ¿Qué provincia representa nuestro nuevo hermano?

—Alsacia,—respondió el ahijado de Schlick.

—¡Alsacia!—exclamaron todos los afiliados.—Entonces ¿eres francés?

—Francés ó alemán, como queráis.

—Tienes razón,—exclamaron dos ó tres voces:—los alsacianos son alemanes, los alsacianos pertenecen á la gran familia germánica. ¡Viva la Alemania!

—Hermanos,—dijo el presidente,—¿qué decidís respecto á nuestro nuevo hermano?

—Que ha sido recibido, que ha sido afiliado, que ha

soportado la prueba, y que, puesto que Holanda, España é Italia están representadas aquí, no veo razón para que no lo esté Francia.

—Está bien,—dijo el presidente.—Los que opinan que el nombre de Alsacia deba entrar en la urna como los demás, que levanten la mano.

Todas las manos se levantaron.

—Hermano,—dijo el presidente,—la Alsacia es alemana.

Y echó en la urna una décimoctava bola blanca, que le presentaba el vigilante. —Y ahora,—prosiguió,—procedamos por orden alfabético.

Y, llamando, —¡Alsacia!—dijo.

El joven se adelantó hacia la urna y, en el momento en que hundió su mano, hubiera podido verse en su semblante una vacilación, de la que ni sombra había mostrado al dar la voz de: «¡Fuego!» Sacó una bola blanca.

—¡Blanca!—exclamó, mal ocultando su alegría.

—¡Blanca!—repitieron todas las voces.

—¡Baden!—llamó el presidente.

Schlick metió resueltamente la mano en la urna y sacó una bola blanca. —¡Blanca!—dijeron todas las voces.

—¡Baviera!—prosiguió el presidente.

El diputado de Baviera se adelantó, hundió la mano en la urna y sacó la bola negra.

—¡Negra!—dijo, con voz tranquila y casi gozosa.

—¡Negra!—repitieron todas las voces.

—Está bien,—dijo el diputado de Baviera.—Dentro de tres meses estará muerto Napoleón ó yo seré fusilado.

—¡Viva la Alemania!—repitieron en coro todas las voces.

Y como el objeto de la sesión estaba cumplido, los Amigos de la Virtud se separaron.

VI

*Seis pulgadas más abajo,
el rey de Francia se hubiera llamado Luis XVIII.*

Una noche, en un rincón del palacio imperial de Schoenbrunn, el joven duque de Reichstadt conversaba con los hijos del príncipe Carlos; y, hablando entre ellos, los niños se reían tan fuerte, que el príncipe, que al otro lado conversaba gravemente con el emperador, los archiduques y las archiduquesas, temiendo que Altezas y Majestades se sin-

tieran molestados por las risas de los augustos niños, creyó necesario intervenir, y de un extremo al otro del salón preguntó á los niños qué causaba su alegría y á propósito de qué se reían de aquella manera.

—¡Oh papá!—respondió el mayor de los hijos del archiduque.—No hagáis caso; es Reichstadt, que nos cuenta cómo su padre os batía siempre, y esto nos divierte.

El archiduque Carlos, que era un buen hombre, se rió de mejor gana aún que los niños; lo que, visto por el emperador, los archiduques y las archiduquesas, se echaron á reír con tanto ó más gusto que el archiduque Carlos.

Es cierto que, en la época en que tan francamente se reían en Viena de las derrotas del ilustre archiduque, el vencedor de Tengen, de Abensberg, de Landshut, de Eckmühl y de Ratisbona había muerto.

La anécdota es auténtica; me ha sido contada por la reina Hortensia, durante los ocho días de hospitalidad que quiso concederme, en 1832, en el castillo de Arenenberg, poco tiempo después de la muerte del rey de Roma.

Consagremos un capítulo al relato de aquella campaña de 1809, una de las más maravillosas de Napoleón.

El 17 de abril dejamos al emperador en Donauwörth, pronto á transmitir sus órdenes á sus mariscales y á sus tenientes. Aquel á quien más le importaba que llegaran, puesto que era el más lejano y, por consiguiente, debía recibirlas con más dilación, era el mariscal Davoust, que, según sabemos, ocupaba Ratisbona. Así es que el primer oficial que mandó á llamar Napoleón para entregarle los despachos que acababa de dictar, fué el teniente Pablo Richard; pero el príncipe de Neuchâtel, royéndose las uñas y con visible embarazo, participó al emperador que había dispuesto de aquel oficial para una misión particular.

Es verdad que, en su lugar, ofrecía, en el caso de el emperador se empeñara absolutamente en que su despacho fuera llevado por un oficial de nombre Richard; es verdad, decimos, que el príncipe de Neuchâtel ofrecía al teniente Luis Richard, que había llegado de Italia.

Pero el emperador declaró que, del momento que no se devolvía al mariscal Davoust el mismo hombre que el mariscal le había enviado, poco le importaba el nombre de su correo, con tal de que fuera activo, animoso é inteligente.

Presentóse un oficial. El emperador le entregó el despacho dirigido al mariscal Davoust.

Por otra parte, Berthier hizo tomar dos copias de